

Anticipo de la barbarie nazi

 tinyurl.com/n2a9cjb

Los náufragos Jean Améry / Autor; Josep Monter i Ester Quirós / Traductores. Editorial Pre-Textos. València, 2013

El escritor Jean Améry (Viena, 1912 – Salzburgo, 1978) dejó inédita su primera novela. En *Los náufragos* narra los días atormentados de su protagonista, Eugen Althager, una suerte de *alter ego* que vive el ascenso del nacionalsocialismo en Austria. Ahora ve la luz por primera vez en castellano.

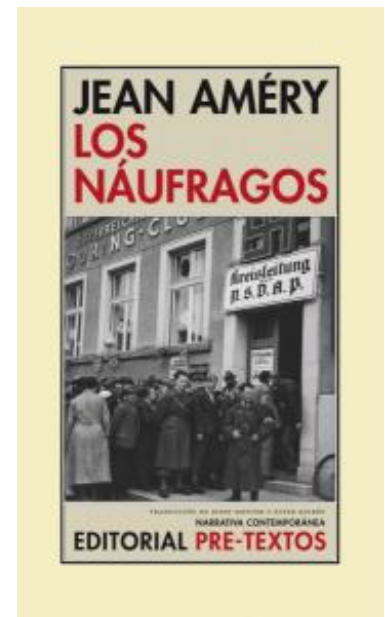
Jean Améry (alias de Hans Meyer) vuelve la vista atrás en esta novela, trasunto de su propia vida, a los días de refriegas antisemitas, anticipo de la barbarie perpetrada a gran escala por el gobierno de Adolf Hitler. La mirada de Jean Améry resulta a un tiempo desapasionada, descarnada, cruda. Y, sobre todo, desesperada.

En esta primera novela del escritor austriaco, Améry vuelve a la Viena de 1933 para poner en juego a Eugen Althager, Heinrich Hessel y Agathe, sus tres personajes principales, náufragos, cuyas vidas discurren penosamente. El primero no tiene con qué ganarse la vida y, por si fuera poco, el escritor se encargará de que su destino quede en manos de un filonazi. El segundo no es capaz de adentrarse fríamente en los caminos de la filosofía tal y como ha hecho, y le propone, su amigo Eugen. La tercera, amante de nuestro protagonista, acabará abandonándolo –a él y a su terca lucidez, podríamos añadir– a cambio de un hogar confortable, de una seguridad burguesa, que se asemeja a la que disfruta, con todas sus contradicciones, Hessel.

Sobre esa visión desesperada de la vida bajo el régimen nazi en ciernes, Améry insiste en la podredumbre que trajo consigo, en el lento pero imparable declive de una sociedad que se veía despojada de toda civilidad. Una sociedad fuertemente clasista en la que se puede encontrar acomodo al abrigo de los poderes fácticos de turno. En uno de los pasajes de la novela, el narrador puede darnos a entender que la libertad de pensamiento puede dejar a cualquiera desamparado ante un terrible dolor de muelas.

Ante la insistencia del mal, Jean Améry emplea un lenguaje que en ocasiones recuerda al de otro colega judío que sufrió el horror del holocausto nazi: el poeta Paul Celan. En la página 215, el narrador dice de Eugen Althager que «excavó con las manos desnudas en la tierra negra de su desamparo». Un poco antes, que «del agua negra de la oscuridad, los contornos de los muebles emergían con fuerza lúgubre». Aun así, Améry no niega la belleza del mundo; es más, insiste en la naturaleza como refugio frente a la maldad del hombre y lleva a Althager de vuelta a Kirchleiten, el pueblo donde conoció la vida campestre al lado de su amigo Heinrich Hessel: «Cuando nevaba, renunciaba pronto a reconocer claramente el paisaje. Con gusto dejaba que sus ojos siguieran la caída de los copos, que se atropellaban unos a otros y conformaban ese velo inextricable que Stifter tan bellamente definió una vez como las tinieblas blancas».

No hará falta decir, pese a las apariencias, que la prosa de Jean Améry está libre de toda retórica o ensoñación romántica. Su estilo indirecto, a menudo trufado de disquisiciones filosóficas, lo lleva a reivindicar la figura de un Eugen Althager que se quiere heredero de la Ilustración en un tiempo en el que el ser humano volvía a tener que reclamar su dignidad. Que eso pasara hace tan sólo unas décadas no puede sino entristecernos y ponernos en guardia. Althager y sus compañeros náufragos no nos quedan tan lejos.



Rafa Martínez